

Pedro Selva

Invitación a la quietud

No creáis que me gusta esa ocupación inútil y penosa de viajar.

MAUPASSANT,



SU nombre? ¿Su profesión? ¿Edad? ¿Peso? Sometiéndome, con secreta humillación, al interrogatorio que este siglo de las multitudes impone inexorablemente al individuo que intenta cualquier cosa, mientras la señorita, muy joven y moderna, llena un formulario, arreglándose el pelo a cada minuto, clamo en silencio y protesto, diciéndome que todo aquello servirá, en caso de accidente, para que, mañana tal vez, cuando figure entre las víctimas, los lectores de la noticia sientan disiparse toda su lástima ante la muerte de una persona vieja y busquen pasto a su emoción en otras cuyo nombre vaya seguido de ese privilegio radiante, de ese título glo-

rioso, para siempre perdido: 20 años, 18 años, 16 años . . .

—El avión sale mañana a las seis.

Volé hace un tiempo inmemorial, en un biplano, ahora de museo, traído a Chile para dar exhibiciones. El público pagaba cinco pesos por el espectáculo. Nada de cabina, asiento ni correa protectora: el pasajero se encaramaba como un pájaro entre unos palos, se asía bien para no caerse y soportaba en el rostro la fuerza del aire, compacta como un torrente de agua.

Era la época heroica del vuelo.

Subo, por eso, sin mayor zozobra al considerable aparato y busco mi sitio en ese interior de carro Pullman. No viendo ningún número de orden, le pregunto a una dama:

—¿Aquí uno se sienta donde quiere?

Entonces comprendo que la navegación aérea todavía no alcanza su etapa de seguridad. Una mirada opaca sube hasta mí y una voz profunda, aspirada, me contesta desde las entrañas:

—Síiiii . . .

La señora tiene miedo.

Unos paseos de caballo en la cancha, el furor de los motores, creciente, decreciente, acelerado otra vez, hasta el frenesí y carrera torpe, infantil, para elevarse, lenta, pesada, penosamente, atornillándose en el aire; he ahí lo que llaman, con pompa, «emprender el vuelo».

Desde lejos podrán recordar los aviones el desahucio de las aves o los peces: adentro es el esfuerzo terrible de la máquina, un ruido ensordecedor, catarata permanente, torbellino congelado, sin tregua, la angustia mecánica de algo que no es natural, una lucha angustiosa para no derrumbarse con aquella especie de carreta que va subiendo un camino invisible.

Y nada de entretretenido.

Ninguna impresión de levedad fantástica, de cosa soñada. Los que realmente vuelan son los que miran volar. La ventanilla sólo deja pasar un rígido pedazo de ala claveteada y cerros, cerros, cerros. A veces, pequeños cuadrados verdes y ríos como los del mapa, insignificantes.

Mientras más se sube, menos se ve.

El paisaje se sucede monótono como en las novelas descriptivas, con la diferencia de que nada tiene nombre. El mundo se compone de nombres, se halla envuelto en nombres; allá, desde arriba, hay masas, volúmenes, curvas, puntas, líneas, colores, gris, blanco brillante, pardo. No se aprecian alturas ni distancias. Avanzamos, sin duda, vamos desplazándonos en cierta dirección, rumbo al norte, y habremos cruzado ya buena parte del país; pero si hubiéramos seguido girando en redondo el resultado sería igual. ¿Cómo distinguir esa cumbre de la otra y de la de más allá? Unos juguetes que son pueblos, pequeños puntos inmóviles que son animales. O árboles. O piedras. Da lo mismo.

Al hombre le interesa la vida, la existencia del

prójimo, semejante a él. El avión deshumaniza el mundo, proporciona un espectáculo abstracto y, en el fondo, indiferente.

Para desaburrirme, voy donde una señorita que atiende a los pasajeros y le pregunto si no tiene miedo. No tiene miedo. Le pregunto cómo se llama su puesto y le digo que una línea aérea española ha tropezado con el problema de titular su cargo conforme a su categoría, que es nueva, y ha buscado una palabra antigua, noble y cortesana, las llama, o las llamará, «Azafatas». Se ríe. Piensa sin duda en el azafate. Le pregunto si no ha leído en alguna novela algo sobre las azafatas de la reina, y si no lee mucho en sus viajes. Dice que los libros le dan sueño y que tiene mucho trabajo. Un caballero judío va agonizando de mareado, pero supongo que no ocurrirán incidentes graves, salvo...

—En el otro viaje se me murió una señora— contesta.

Prefiero volver a mi asiento y apretarme el cinturón.

«No creáis que me gusta esa ocupación inútil y penosa de viajar», escribía en un libro de viajes, uno de los hombres más lúcidos y desengañados de nuestra época. Entonces, sin embargo, no se había inventado el transporte aéreo que, literalmente, escamotea el viaje, que constituye, indiscutiblemente, un medio rápido y cómodo de trasladarse de un punto a otro, pero que

sólo por la pobreza del lenguaje nos obliga a decir que viajamos. Viajar es lo que hace Starkie, el irlandés académico y vagabundo que ha recorrido varios países a pie, como Rousseau, con su saco a la espalda y un violín. Así se ve gente, se tienen aventuras, se corren variados peligros y se vive. En seguida, viene el caballo. Después, el coche, el auto, el tren. A cada paso del progreso, menos viaje, menos contacto con la tierra y con la humanidad, menos enseñanzas y espectáculos. Hasta llegar al avión que los suprime para reemplazarlos por una abstracción, la velocidad, y por una idea: «Estoy volando». Pero esta abstracción y esta idea sólo valen la primera vez, con la sorpresa; después hay que repetirse constantemente:— Estoy volando, estoy en el aire, voy sobre los ríos, los campos, los cerros, los mares, entre las nubes, como los pájaros y los soñadores. Realizo una aspiración milenaria de la humanidad. Y esto es algo completamente prodigioso, es un milagro. Hay que decirse eso: de otra manera, no se siente nada.

O se siente, únicamente, el tedio.

Es como las comunicaciones espiritistas. Posiblemente los espíritus evocados por medio de las mesas de tres patas dirán algo de otro mundo y nos transmitirán mensajes de los muertos; pero no nos interesan, porque al hombre no le importa el más allá, sino este planeta donde habita, con su relieve, sus altibajos, su color, su sabor. Don Miguel de Unamuno quería una inmorta-

lidad «con barbas y todo» y se resistía a morir, porque sabía que la muerte, aunque se sobreviva de un modo espiritual, es la muerte.

«No creáis que me gusta esa ocupación inútil y penosa de viajar» ¡Qué razón tenía Maupassant, el amargo, el claro! Los poetas han escrito tentadoras invitaciones al viaje, pero, en general, no han dado el ejemplo. Prefieren el reposo y juntar palabras prestigiosas. El viajero, el hombre que anda, nunca llega al sitio adonde va; siempre lo recibe allá otro sitio del que soñaba, un territorio duro, distinto, sin leyenda. El mundo yace encantado bajo sus nombres; el viajero, lo único que hace en verdad, es ir desencantándolo, quitándole sus velos, descubriéndolo o sea quitándole su cubierta de fantasía, de pasado y de historia. Yo iría con mucho gusto a Jerusalén, pero siempre que allá estuviera esperándome Nuestro Señor Jesucristo y no árabes fétidos o judíos rapaces.

En vez de invitaciones al viaje, hay que escribir un llamado al reposo. Todos los días, a la misma hora, las mismas cosas, como Kant en Koeningsberg, como Spinoza que pulía cristales con los dedos forjando su Ética. La costumbre forma en torno a la mente una capa protectora y permite germinar el pensamiento, creatura frágil que necesita para desarrollarse un claustro tibio, un asilo seguro. Ese delirio de la velocidad que posee al hombre moderno, su inquietud de moverse y cambiar, indican el vacío de los cerebros y la angustia del corazón; pero el vacío no se colma ni la an-

gustia desaparece con el simple movimiento, con la inútil variedad, por lo demás, monótona, de los espectáculos vistos al pasar. Hay que estar dentro de sí mismo y abundar ahí.

Pero ya Pascal lo dijo: «Toda la desdicha del hombre viene de que no puede quedarse solo, sentado, en una pieza».

San Francisco de Las Condes, noviembre de 1947.